

Paul Schostakovsky

Eurasia y Euráfrica



O que es «Eurasia» y «eurasismo» lo aprendí por vez primera en 1929. Me encontraba en Madrid cuando llegó a mis manos una crítica de A. Amfiteatroff, conocido publicista ruso, quien veía en mis escritos rasgos de simpatía hacia el «eurasismo». Esta palabra desconocida me llamó la atención, y, al averiguar su significado, supe que el «eurasismo» llevaba ya dos o tres años de vida entre los intelectuales rusos. Era una nueva disciplina que había roto resueltamente con la vieja Europa por considerar que, al no ser los rusos europeos, no tenían nada que ver con la cultura occidental. Valiéndose de condiciones etnográficas e históricas, así como de geografía física, los «eurasianos» decidieron que la cultura rusa no correspondía ni a Europa ni al Asia, sino a la Eur-Asia.

Hay que anotar que un lexicógrafo avisado hubiera dicho «eurasiatismo» y «eurasiaticos», pero la sílaba «at» rompe el equilibrio de estos componentes, dándoles un sabor demasiado asiático en detrimento de su parte

européa; probablemente esta fué la razón por la cual los «eurasianos» adoptaron una ortografía más equitativa y suave.

* * *

Familiarizarse con la idea de «Eurasia» fué fácil; mas, meditando acerca de sus raíces, sentí como una realidad evidente la existencia también de «Euráfrica» y, consecuentemente, del «eurafismo». (Componiendo esta palabra sacrifico el principio lexicográfico del mismo modo y por la misma razón, ya citada, de equilibrio) Lo sentí por analogía, a través de una afinidad inexplicable con la tierra y gente ibérica. Al igual que Rusia, que lleva la impronta mongólica, España lleva la de los moros. Mas es un hecho desde hace siglos caído en el dominio de la historia, mientras que lo que yo sentía pertenecía al dominio de la actualidad. No dudaba ni un solo momento que la supuesta «Euráfrica» estaba delante de mí, encerrada entre el mar y los Pirineos, pero ¿cómo fijar su existencia en el presente? Me faltaban factores positivos, testimonios fidedignos; lo único que tenía a mi disposición era mi propia sensación: fuerte, clara, inequívoca. En estas condiciones lo más natural parecía buscar las pruebas en las analogías de usos y costumbres, en el modo de ser español y ruso. Mas, cualquier aspecto, como cualquier detalle de la vida española se revelaban tan lejos, tan desproporcionados, tan diferentes de los horizontes rusos que

la reacción resulta siempre negativa. Y, a medida que se desarrollaba mi investigación, se ponía más y más evidente que la afinidad hispano-rusa tiene una base puramente negativa: *España como Rusia no es Europa.*

* * *

Aceptado un tal postulado en seguida se explicaba un hecho histórico de los más notables y que me intrigaba siempre: entre todos los países europeos sólo dos supieron oponer una resistencia efectiva al gran Napoleón: Rusia y España. En los dos antípodas de Europa, dos pueblos tan diferentes, tan desemejantes, adoptaron la misma táctica de guerrillas, desconfiando en la guerra clásica de ejércitos regulares a la manera europea.

Es un hecho en que hay que detenerse, ya que ni el gobierno ni la autoridad militar, nadie, salvo el pueblo mismo, puede organizar y dirigir una guerra de esta clase. Cuando se trata de oponer al invasor a todos y a nadie, y eso en todo momento y en todos los puntos del territorio invadido, ¿qué pueden las leyes de reclutamiento, el aparato militar más perfecto, la tropa más movible? Nada. Para llevar a cabo una acción de esta índole, es indispensable que el pueblo mismo sienta en su alma algo que las naciones «civilizadas» dejaron de sentir... Este «algo» puede expresarse aún más concretamente: las preocupaciones de or-

den material, como el sentimiento de propia salvaguardia tienen que ocupar un lugar secundario en la vida de pueblos que obran de este modo...

* * *

Para que los pueblos puedan obrar tienen que existir y en eso consta, hoy en día, un factor positivo de afinidad hispano-rusa, ya que entre las naciones europeas el pueblo dejó de existir. Las últimas huellas del pueblo, que abundaban en Italia, desaparecen bajo el empuje del fascismo y de la abrumadísima doctrina de estado corporativo, que todo el verbalismo fogoso de Mussolini no llega a aclarar. En los demás países europeos existen intelectuales de profesiones liberales, que están por sindicarse; existen industriales y comerciantes, en su mayoría ya sindicados; existen empleados y obreros industriales, obligatoriamente sindicados. Para el pueblo no queda lugar alguno, ya que el pueblo consta de individuos que piensan y obran por sí mismos, mientras que los sindicatos constan de números de votantes que piensan por la mente de sus dirigentes, los cuales, a su vez, piensan por la mente de teóricos abstractos.

Con eso no quiero censurar al sindicalismo, que fué muy de provecho a los obreros del mundo entero, quiero solamente fijar la atención del lector sobre un hecho trascendental: el hombre que se inscribe en un sindicato pierde la libertad de razonar, sacrifica el conjunto

de preciosas libertades espirituales al materialismo en su forma más mezquina: en la forma de la paga semanal.

Y si uno mira desde el punto de vista de la patria, de la gente que tiene apego al terruño, cualquier sindicato—de millonarios o de pordioseros—aparece, por razones obvias, como una asociación anárquica y a nacional, a no ser francamente internacional; el materialismo capitalista, al igual del materialismo comunista, no tiene patria...

Las clases gobernantes, la sociedad, no pueden nada para contrarrestar aquel proceso de la descomposición nacional, en primer lugar, porque no hay idea nacional sin el pueblo ni fuera de él, y segundo, porque lo que se llama sociedad y sobre todo la «alta» sociedad, ha vivido y quiere vivir una vida internacional.

Andando por este camino, el pueblo desaparecerá también en Rusia y España, pero en tanto que estos países continúan siendo poblados por eurasiáticos y eurafriáticos, no hay peligro.

* * *

Corre el tren a través de una llanura. Los montes que la cierran al horizonte, las quebradas que de vez en cuando tiene que cruzar el ferrocarril, el aire transparente y liviano, hacen pensar que es una meseta. Lo es realmente y lleva un nombre altisonante: ¡Castilla la Nueva! —¿Nueva?— ¿Es posible que sea nueva?—No lo creo: la tierra, de color cenicien

to, tiene un indescriptible reflejo rojizo, y parece estar cansada, como lo están las quebradas secas, los cerros distantes y las raras aldeas, tristes bloques de piedra sin una sola mancha verde... Extrañas poblaciones que no rompen la uniformidad desoladora del desierto pedregoso. Puede parecer aun más extraño que el granero de España se encuentra en estos lugares: es la tierra de los famosos trigales castellanos... Y, por cierto, cuando llegamos al fundo de unos amigos madrileños, vemos en su alrededor enormes parvadas. En la era, que se encuentra en medio de éstas, nos espera una sorpresa: una piedra trilladora de forma y de dimensiones exactamente iguales a la que usan los tártaros rusos de Crimea y del Cáucaso.

Confieso que al mirarla sentí una emoción violenta: en fin, la buena suerte me favoreció. Aquella piedra era más convincente que el Alcázar de Sevilla o Alhambra de Granada, porque no era historia, sino actualidad. Su raíz se perdía en las tinieblas de los siglos pasados, cuando el Islam imponía a sus fieles, además de la doctrina religiosa, el modo de vivir y de trabajar. Quién sabe en que siglo, quien sabe adonde, un Mac-Kormick mahometano encontró una roca apropiada para la talla de piedras trilladoras, y empezó a suministrarlas a sus correligionarios... Por el Mar Negro, aquellas piedras llegaban a Crimea y Cáucaso, y por el Mediterráneo a los de Marruecos y a España... Pasaron siglos y más siglos, se perfeccionaban los métodos de agricultura; máquinas maravillosas salían de

las fábricas gigantes para labrar el campo, pero los labriegos españoles, como los tártaros rusos, quedaban con su piedra trilladora, satisfechos e indiferentes hacia el progreso, al cual faltaban la consagración y la experiencia secular de generaciones pasadas...

* * *

La dictadura de Primo de Rivera llegaba a su termino. El horizonte político estaba cargado de nubes oscuras. De vez en cuando un trueno sordo se oía en la lejanía. No había duda que la tormenta revolucionaria se acercaba. Los iniciados en la ley de inercia de las masas populares discutían sólo la fecha de su estallido: ¿mañana o dentro de un mes?—Tal vez a fines del año; tal vez dentro de unos años más... ¿Quién podía precisarlo? Ni los mismos políticos y politiqueros españoles.

Fué precisamente en aquellos días que la afinidad hispano-rusa se reveló de una manera flagrante en la disposición de ánimo de los intelectuales españoles. Al igual que sus colegas rusos, demostraron un distanciamiento extraordinario de su propio pueblo. La parte «euro» en España no se daba cuenta alguna de lo que pensaba y de qué era capaz la parte «áfrica»; exactamente como en Rusia, donde la parte «euro» ignoraba la predisposición de la parte «asia». Para los intelectuales españoles se trataba de derribar la dictadura —todos estaban de acuerdo en eso— y

luego, una minoría, quería seguir derribando la monarquía. Más todo esto en pura teoría, sin pensar en los medios de acción, ni en lo que sucederá una vez que el prestigio de la autoridad esté hecha pedazos. Restablecer las libertades constitucionales y empezar de nuevo el juego parlamentario era cuestión de decencia política. Ahora bien, el desarrollo de la propaganda anarquista entre los obreros industriales y los mineros del norte y de la Cataluña, los progresos de la propaganda comunista entre los labriegos dejaban a la mayoría de los intelectuales despreocupados. Quizás por casualidad, nunca oí hablar a un intelectual español del papel que el pueblo querrá tomar al desencadenarse la revolución. Un hombre como Alvarez del Vayo, hablándome de la revolución inevitable, tomaba el tono de un hidalgo, mortificado por la insolencia de la dictadura, y no admitía mis sugerencias en cuanto al desarrollo inevitable de la revolución anhelada: ¡Nosotros los españoles! ¡Aquí estamos en España! ¡No hay peligro alguno, las cosas no pueden pasar en Madrid como han pasado en Moscú! ¡Aquí hay cultura milenaria, educación política, hay respeto por la vida ajena!... Y ahora, apenas transcurrido un lustro, me parece increíble haber oído aquellas palabras de los españoles que hoy en día se fusilan unos a otros...

Observar, razonar y criticar es fácil, cuando uno ha hecho la experiencia que falta a otros, quienes, en vez de experiencia propia, se alimentan de informaciones deficientes y parciales. Así, para un ruso, quien

presenció la revolución en su propio país—y eso sin pertenecer a partido político alguno, en calidad de simple observador—parecía evidente que a los labriegos españoles no les interesaban las libertades constitucionales, sino las tierras que labraban y las casas en que vivían; y eso con tanto más obstinación cuando, por lo que se refiere a la servitud material, los campesinos españoles podían envidiar a los mujiks rusos.

Aun más aguda parecía la cuestión religiosa: el dominio de la Iglesia oficial sobre el Estado, la presión que ejercitaba sobre cualquier manifestación de la vida social, su intolerancia para las demás religiones,^(*) como las riquezas fabulosas, acumuladas por el clero, no le presagiaban nada bueno en caso de revolución... Sin embargo, nadie se preocupaba de la suerte que iba a correr la Iglesia, y esto parecía tanto más extraño cuanto un gran número de presuntos revolucionarios españoles continuaban siendo buenos católicos.

La revolución española, como la revolución rusa, está llena de contradicciones aun más asombrosas, es que cada español, sea cual fuere su grado de cultura, lleva su porción de sangre africana, como cada ruso lleva su porción de sangre asiática. España como Rusia no es Europa.

(*) En toda España no había una sola iglesia que no fuese católica, ni una mezquita, ni una sinagoga.